

***Concurso de Entrevista, Ensayo y Relato
de ficción histórica 2018***



Centenario de la Reforma Universitaria

Organizado por los Departamento de Ciencia Sociales y Lenguas

Escuela Superior de Comercio

“Libertador General San Martín”

Cuando Era Niño. Por Martín Rosso

Era una lluviosa mañana del trece de junio de 2008. Las nubes ocupaban la totalidad del cielo, resguardando a las calles del sol. Unos se tomaban el colectivo, otros caminaban y en mi caso, llevaba a mi hijo a la escuela.

Estaba en segundo año. Era un chico repetidor, maleducado y contestatario. Ni mi esposa Emilia ni yo pudimos hacer que se le quedaran grabados valores básicos para una sana relación social. Tenía su grupete de amigos, los tres iguales que él. Deodoro me comentaba de las burlas hacia los profesores que hacía en el fondo del salón que, lejos de ser graciosas, resultaban degradantes.

Aquel trece de junio, iba casi dormido en el asiento delantero, como siempre. Tenía la capucha de su campera puesta para no entrar en contacto con la luz. Se enderezó un poco y sin mirarme preguntó:

-¿Por qué Deodoro, viejo? Mis amigos se parten de risa por el nombre de porquería que me pusiste- Al principio le iba a reprochar la manera de dirigirse hacia mí, como siempre lo hacía, pero decidí que era buen momento para explicarle varias cosas.

-Bueno... Te lo puse en alusión a un personaje histórico, querido- Le dije también sin mirarlo.

-¿Quién? ¿El padre abandonico de Caperucita? Más conciso, loco- Conservé la paciencia como mejor pude.

-Deodoro fue un hombre importante...- Empezaba a decir cuando mi hijo empezó a reclamarme velocidad- Mirá, Deodoro Roca fue una persona que estuvo involucrada en la Reforma Universitaria de 1918- Balbuceé.

-¿Y eso? ¿Qué es la reforma universitaria? ¿Y qué onda con el Deodoro ese?- Empezó a preguntarme extrañado con la más espontánea cara de preocupación posible.

Lo apuré para que se bajara, ya que llegué justo. Él se bajó, me saludó, y entró a la escuela.

12:50. Gran cantidad de autos apostados en calle Balcarce esperaban la salida de sus hijos. Yo estaba leyendo a Stefan Zweig, más concretamente "Momentos Estelares De La Humanidad". Me lo había regalado mi primo por mi reciente cumpleaños número cuarenta y cuatro. Yo era más de las ciencias exactas, pero para pasar el rato esperando a tu hijo el libro se encontraba bien.

Deodoro vino corriendo: bajó las escaleras torpemente y tropezó con varias personas hasta la puerta del acompañante. Abrió y me empezó a contar lo que habría hecho:

-Viejo, no sabés, hoy me felicitaron por mi participación en la clase de Ética. Porque mirá: En la tercera hora tenemos Ética, y aproveché el tiempito antes de S I C y el recreo para ir hasta la biblioteca y ver al Deodoro ese- balbuceó colmado de emoción. Fue la primera vez que vi a mi hijo tan entusiasmado por un tema escolar.

-Entonces descubrí que el muchacho este no estaba conforme con las políticas de estudio. Así que tomó la universidad y, y... quiero ser como él.

Yo me empecé a reír. Reía por el tono en que plantaba su afirmación, y por la felicidad que me causaba que él tuviera de ídolo a Deodoro. Volvimos los dos con una sonrisa a nuestra casa.

Primer Premio en la Categoría Relato de Ficción Histórica subcategoría 1º - 2º y 3º año del Concurso de Entrevista, Ensayo y Relato de ficción histórica 2018 en ocasión de conmemorarse el Centenario de la Reforma Universitaria.

Cadenas Rotas. Por Karen Lettieri

Todos sosteníamos que el reformismo debía llegar, de una vez por todas, a la Universidad. Un 15 de junio, hace ya mucho tiempo, intentamos tomar las riendas de nuestro destino, demostrando que los estudiantes éramos capaces de cambiar el mundo si nos uníamos.

No lo sabían, pero no íbamos a rendirnos, incluso si nos perseguían, reprimían, asesinaban, y todo lo que el Ejército Argentino estaba dispuesto a hacer en aquel momento para silenciarnos, para que no protestemos, para que no pensemos por nosotros mismos.

La Universidad de Córdoba era pacífica, sumisa y seguía los estándares que debía seguir. Pero llegamos nosotros. No teníamos más que un objetivo, representar al alumnado y a todos aquellos que alguna vez habían sido parte de la Universidad. Podría mencionar miles de nombres de los jóvenes que aguardábamos fuera del predio aquel día en el cual se seleccionaría al nuevo rector, el momento en el que podría cambiar lo que conocíamos, para bien o para mal. El clima de ansiedad llenaba el ambiente, aunque nosotros creíamos que, de alguna forma, esta vez sería diferente, o al menos la intervención de Matienzo debía notarse.

Pero, al final, no fue así. Ante la decisión tomada, el sentimiento de desconcierto, dolor y traición se apoderó uno a uno de nosotros. ¿Qué nos tocaba ahora? ¿Redimirnos ante las conservadoras ideas de educación de Corda Frates? Ninguno estaba seguro de cómo responder ante eso. Aun así, el pensamiento de uno rápidamente se volvió el de todos, siendo éste el responsable de romper en el grito agónico que nos cerraba la garganta, abriéndonos paso a la Asamblea que nos había quitado los sueños, la esperanza.

¿Quién podría esperarse a un grupo de más de mil estudiantes dentro de un salón de la Universidad, protestando por lo que habían querido desde un principio? Tenían una noción importante de lo que éramos capaces de lograr los alumnos, juntos, pero su sorpresa, de cualquier forma, se notaba en sus expresiones.

La adrenalina, el enojo y la decepción recorrían nuestros cuerpos con firmeza, y sin intención de irse. El bullicio se hacía oír, mientras echábamos con gritos ensordecedores a aquellos que habían lastimado nuestra ilusión de, por fin, marcar la diferencia en el pueblo. Destrozamos todo a nuestro paso, desde cuadros que demostraban el adoctrinamiento que pretendían instaurar, hasta cosas tan simples como ventanas, mesas y lo que sea que perteneciera a la idiosincrasia católica de nuestra Universidad.

Emilio, sin dudas una de las personas más reconocidas entre los miles de jóvenes que nos encontrábamos allí, subió al estrado donde estaba el libro de Actas y escribió, con puño y letra, lo que nos representó siempre, a partir de aquel comienzo.

“La Asamblea de todos los estudiantes de la Universidad de Córdoba declara la huelga general”.

Ahí, entre los ruidos de la inminente euforia por tomar lo que nos pertenecía, y muchos otros sentimientos encontrados dentro de nosotros mismos, pudimos darnos cuenta de que había comenzado nuestra gran, y pequeña a la vez, revolución.

Primer Premio en la Categoría Relato de Ficción Histórica 4º y 5º año del Concurso de Entrevista, Ensayo y Relato de ficción histórica 2018 en ocasión de conmemorarse el Centenario de la Reforma Universitaria.